

Biblioteca Films

EL SHERIFF DE OKLAHOMA

NÚM.
478

25
CTS.



Bob Steele

MC GOWAN, John P.

BIBLIOTECA FILMS

DIRECTOR PROPIETARIO:
RAMÓN SALA VERDAGUER

EDITORIAL
"ALAS"

REDACCION ADMINISTRACION Y TALLERES:
Calle de Valencia, 234 - Apartado Correos 707 - Barcelona

AGENTE DE VENTAS
Sdad. Giral. Española de Librería - Barbará, 14 y 16 - Barcelona

AÑO IX APARECE LOS MARTES NÚM. 478

Hunedo Men, 1930

El sheriff de Oklahoma

Adaptación en forma de novela de la película del
mismo título interpretada por el célebre caballista

BOB STEELE

Novelada por HARRY BALTYMORE

EXCLUSIVAS

Programa ARAJOL

Aragón, 225

Barcelona

REPARTO

Robert	BOB STEELE
Ruth	Juana Reno Jean Reno ✓
Spike	Perry Murdock
Juez Walker	Thomas G. Lingham

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

sus sentimientos amorosos hacia un muchacho llamado Robert.

La fuerza del joven, su arrojo hacia toda empresa, por difícil que fuese, y su temeridad, habían producido en Ruth cierta admiración, en un principio, que luego se convirtió en un gran amor.

El único defecto de Robert era su carácter impulsivo que no permitía que en su presencia se cometiese ningún acto injusto y esto le había obligado a tener no pocas pendiencias de las que siempre su valor y su valentía salieron bien librados.

El idilio entre los dos jóvenes, si bien no de muy a gusto del sheriff, hasta entonces se había deslizado mansamente, pero un hecho extraordinario vino no solamente a turbarlo, sino que también alteró la vida de Oklahoma.

Se había cometido un importante robo en la caja de caudales de la compañía Express y como presunto responsable se había prendido a un tal Pekler, a quien nadie había visto nunca trabajar.

Una vez detenido y conducido a la prisión del pueblo, el sheriff trató de hacerle cantar y le preguntó:

—Estoy seguro de que has sido tú quien ha robado ese dinero. Sé que tú y tu compañero os apoderásteis de veinte mil dólares. ¿Dónde está esa cantidad?

A pocas millas de la estación del ferrocarril y enclavado en plena montaña, alzábase el pueblecito de Oklahoma. Todos sus habitantes vivían de las faenas del campo y de la cría de ganado, por lo que entre ellos había admirables caballistas, para quienes domar un potro salvaje o lanzar el lazo al aire para detener un caballo, eran cosas insignificantes.

Era el Sheriff de Oklahoma, uno de los hacendados de la población, cuya rectitud y hombría de bien le habían hecho acreedor al puesto que ocupaba y que él procuraba desempeñar con toda rectitud y justicia.

Tenía el sheriff una hija llamada Ruth, una muchacha de unos veinte años, bonita como una mañana de primavera y decidida y energética como su padre. Entre todas las jóvenes de la población Ruth era la que tenía más pretendientes, pero ella había inclinado

—Ya le he dicho, sheriff—respondió Pe-kler — que no sé nada de eso. Si hubiera cogido ese dinero me lo habría quedado.

Spike Saunder, uno de los que se pasaba por amigo del sheriff le dijo confiadamente a su amigo:

—No se apure sheriff, ya lo sabremos cuando podamos detener al compañero de éste.

El sheriff dió orden de que se avisara al juez y le dijo a uno de sus hombres:

—Poned el caso en conocimiento del juez Walker y decidle que venga pronto.

Volvieron a quedar solos el sheriff y Spike, mientras los demás salían y el segundo de ellos vió en aquel instante a Ruth que hablaba con Robert. Spike, que había aca-riiado el propósito de casarse con la muchacha, al ver a Robert que se interponía en su camino, ganando el corazón de la joven, no pudo menos que decirle al sheriff:

—Allí tiene a su hija hablando con el ca-morrista de Robert. ¡Parece mentira que la deje usted tener tales amistades!

—Ya le he dicho a ese muchacho que la deje en paz, pero no me hace caso—respon-dió el sheriff—. Será preciso escarmentarle. Dígale a mi hija que quiero hablarle.

Spike fué en busca de la muchacha y mi-rando despectivamente a Robert, le dijo a la muchacha:

—Su padre la llama, señorita.

—En seguida iré—respondió la mucha-cha, sin dejar de hablar con Robert, hacie-ndo que los celos de Robert se exaltaran, hasta el punto que cogió de un brazo a Ruth y le dijo autoritario:

—Quiere que vaya usted ahora mismo.

Robert, al ver que aquel desconocido se atrevía a poner las manos sobre su amada, sin detenerse a pensar su acción, le dió un puñetazo que le hizo rodar por tierra, al mismo tiempo que le decía:

—¿Con qué autoridad pone las manos so-bre esta mujer?

Ruth trató de calmar a Robert y le dijo reprochándole cariñosamente su acción:

—Parece mentira... ¿Es que no puedes estar veinticuatro horas sin armar camorra?

Robert ni intentó siquiera defenderse. Sa-bía que en su humildad de aquel instante llevaba las de ganar ante el criterio del padre de la joven y se fué a donde estaba éste, di-ciéndole:

—He dado el reendo a Ruth y Robert ha comenzado a pegarme.

—Deja que te explique la verdad, papá— intervino la muchacha.

—¡No necesito explicaciones! — exclamó de mal humor el sheriff—. Bastante os co-nozco a todos.

—Yo no podía permitir que Skipe pusiera las manos sobre Ruth—dijo a su vez Robert.

Pero aquellas palabras no fueron suficientes para calmar al sheriff, que le dijo:

—Lo mejor que puedes hacer es dejar tus manos quietas y no ocuparte de las de los demás.

Robert bajó la cabeza sin querer responder. Al padre de Ruth era al único hombre que el muchacho le permitía hablarle en aquel tono y el sheriff, encarándose con su hija, le dijo:

—Devuélvele ese anillo que llevas.

El anillo a que se refería el padre de Ruth era el que Robert le había regalado en señal de prometido y que la joven llevaba en un dedo, con ese orgullo que da el amor que se sabe correspondido.

En vista de que su padre no se volvía atrás de la orden dada, Ruth le entregó el anillo llorando, mientras que Robert haciendo un esfuerzo contra sí mismo, le decía al sheriff:

—¡No comprendo por qué me trata así! Ruth y yo nos amamos...

—¡No me importa eso!—exclamó el sheriff—. Yo no quiero gallitos en mi familia.

El muchacho convencido de que perdería

el tiempo si pretendía convencer al sheriff en aquella ocasión, se alejó de allí, dejando a Spike y al padre de su novia completamente solos.

—Esta tarde iré a Center City, sheriff—le dijo Spike—. Me preocupa este asunto del robo.

—A mí, no—respondió el sheriff.

—¿Ya sabe usted a quién pertenecen las huellas digitales encontradas en la Caja de caudales?—preguntó Spike con cierta zozobra.

—No tan pronto... pero espero saberlo dentro de hoy mismo y poder capturar al ladrón. Sería el primero que se me escapase. Ya sé yo con quién me las tengo que entender.

Spike miró recelosamente al sheriff y se aventuró a preguntarle:

—¿Lo conozco yo?... En todo caso podría ayudarle a usted.

La contestación del sheriff causó en Spike la natural sorpresa y además el convencimiento de que estaba perdido, puesto que el padre de Ruth, mirándolo fijamente, le dijo:

—Eres demasiado amable, pero es inútil que finjas más... Ya sé que has sido tú el que has robado y en cuanto venga el juez Walker tendrás que entregar el dinero,

Spike, al verse perdido, comprendió que su única salvación era aquel hombre y antes de que el sheriff tuviera tiempo de defendese disparó sobre él a quemarropa causándole la muerte.

— PRONTO —

No deje de adquirir el interesante

Cancionero Popular Almanaque 1933

Será una obra definitiva, que publicará los fangos más modernos, seleccionados y de más éxito.

Precio UNA peseta

SEGUNDA PARTE

Al ruido de la detonación, Robert, que todavía no había salido del rancho, corrió hacia donde había sonado el disparo y vió al sheriff en tierra. Al mismo tiempo sintió que una mano se posaba sobre su hombro. Se volvió rápidamente y vió a Spike, que apuntándole con un revólver le dijo:

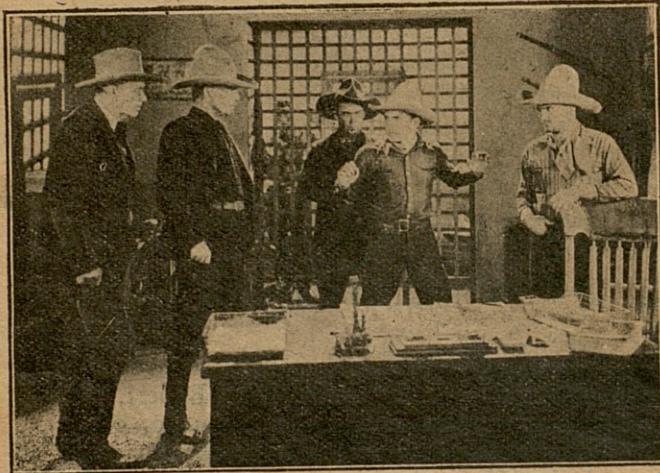
—¡No te muevas!... ¡Este crimen lo pagarás con la vida!

—¿Qué quieres decir?—exclamó Robert sorprendido.

En aquel instante llegaron con el juez Walker los hombres del sheriff, y al ver a éste muerto y a Spike encañonando a Robert, sujetaron al muchacho, al mismo tiempo que el juez preguntaba:

—¿Qué ha sucedido?

Spike señaló hacia Robert y respondió:



—Lo pesqué infraganti.

—Lo pesqué infraganti, pero ya era demasiado tarde para salvar al sheriff.

El juez, que conocía a Robert y sentía bastante aprecio por él, se quedó mirando al muchacho y exclamó:

—¿No habrá sufrido usted alguna confusión?

—Ninguna—respondió con firmeza Spike—. No hace mucho que discutieron por causa de Ruth.

—No fué discusión—exclamó Robert—.

El sheriff Duncan me suplicó únicamente que no me acercara a su hija.

Spike señaló hacia Pekler que miraba por la reja de su prisión todo lo que ocurría y exclamó, seguro de su cómplice:

—Aquel preso algo ha de haber visto de cuanto ha ocurrido aquí.

—¿Usted ha visto algo?—preguntó el juez a Pekler.

—Cuanto ha dicho ese hombre es verdad—respondió el detenido.

—Pues refiera lo que haya visto—le dijo el juez.

—Yo vi como el sheriff y este hombre disputaban y aquél le prohibió que hablase con su hija. Se excitaron los dos y de pronto este joven disparó sobre el sheriff matándolo. Yo, como estaba encerrado no pude hacer más que gritar para pedir auxilio. Entonces acudió Spike y detuvo al asesino del sheriff.

Spike se quedó mirando al juez y al ver que éste no tomaba ninguna resolución, le dijo:

—Me parece que con los testigos que tenemos, ya podríamos colgarlo ahora mismo.

—¡Es falso cuanto han dicho!—exclamó Robert—. Yo no he cometido semejante crimen. No sé qué interés pueden tener en acusarme.

—Lo que creo yo—siguió diciendo Spike,

que quería cuanto antes terminar aquel asunto—que lo mejor sería colgar a este hombre. Estamos perdiendo un tiempo inútil.

Robert, al ver que estaba perdido, miró hacia la ventana por donde podía escapar y de un puñetazo se deshizo del que le tenía sujeto, dió un salto a la ventana y antes de que los que estaban dentro pudieran salir de su asombro, ya el joven había montado a caballo y huía hacia la montaña como una centella.

El juez al verlo huir le dijo a Spike:

—Mientras yo le persigo usted se quedará ejerciendo las funciones de sheriff y al cuidado de todo esto.

Inmediatamente el juez, acompañado de varios hombres, salió en persecución de Robert, aunque, desde luego, con pocas probabilidades de éxito.

Robert, no solamente era un consumado caballista, sino que conocía todo aquel terreno palmo a palmo y sabía por dónde podía huir, sin miedo a que sus perseguidores le diesen alcance.

Al quedar solo, Spike se acercó al detenido y le dijo:

—Tú viste como Robert hería al sheriff, ¿verdad?

—¡Yo qué iba a ver!—respondió el otro.
—Bien sabes que has sido tú el que lo ha



—Si me ayudas tendrás tu recompensa.

matado. ¿Acaso quieres hacerme creer que estaba soñando?

—¡Calla!—exclamó Spike—. Nadie debe saber esto.

—Pues déjame en libertad — respondió Pekler.

—Ahora no puedo — contestó Spike—; sospecharían de nosotros. Si me ayudas tendrás tu recompensa.

Pekler, que veía en su poder a su cómplice, respondió burlonamente:

—Ya me lo pensaré mejor, pero mientras tanto piensa tú también en dejarme en libertad.

Recuerde este título

EL SIGNO DE LA CRUZ

TERCERA PARTE

Pasaron varios días y a pesar de que todas las pruebas condenaban a Robert, Ruth no podía creer que él hubiese matado a su padre. Deseaba auxiliar al joven en cuanto a ella le fuera posible y para ello procuró entrevistarse con el detenido Pekler, a quien le preguntó:

—¿Es verdad que usted vió a Robert disparar sobre mi padre?

—Yo sólo oí lo detonación, pero no creo que pudiera ser otro — respondió Pekle, que empezaba a cansarse de esperar que su compañero lo pusiese en libertad.

—¿Y por qué cree usted que fué Robert, por la discusión que tuvieron?

—Tal vez por algo más—respondió Pekler.

—¿Por qué? preguntó la joven.

—Seguramente su padre sorprendió al ladron de la Caja de caudales, cuando aquél cometía el robo.



—¿Cree usted que fué Roberto quien robó?

—¿Cree usted que también fué Robert quien robó? —preguntó la joven, segura ya de que aquel hombre estaba mintiéndole.

—Forzosamente.

—¿Y que por esto lo mató? —preguntó otra vez la muchacha.

—No había nadie más en la habitación —dijo el detenido.

Ruth no quiso hacerle más preguntas, pero salió con la convicción de que su novio era inocente y de que algo tramaban contra

él. Segura de ello salió de allí y al entrar en su casa se encontró con Robert, a quien le preguntó sorprendida:

—¿Cómo te atreves a venir aquí?

Robert creyó que aquella pregunta encerraba una acusación hacia él y le preguntó ansiosamente:

—Me crees culpable, Ruth?

—No, Robert —le dijo la joven—. Sé que eres inocente y sigo teniendo igual confianza en ti. Pero debes marcharte... Te persiguen.

—Ya lo sé —respondió el joven—, pero les he hecho creer que me habían herido y desmontado y he continuado a pie hasta aquí, sólo por verte.

—¿Y si te cogen? —preguntó asustada ella.

—No tengas miedo —respondió él—. Todavía tardarán más de una hora en llegar.

—Yo no estaré tranquila mientras tú estés aquí —le dijo Ruth—. Es mejor que te vayas. Yo hablaré con el juez y le diré mis sospechas sobre Spike.

—¿Crees tú que ha podido ser él? —preguntó extrañado Robert.

—No le acuso, pero tengo el presentimiento de que ese hombre no juega limpio —le dijo la muchacha—. ¿Por qué su interés en acusarte?

—Llevas razón —terminó diciéndole Ro-

bert—. Me voy ahora y esperaré a que se desarrolle los acontecimientos.

Salió precipitadamente del rancho y poco después se hallaba en plena montaña completamente alejado de que los hombres del juez pudieran darle alcance.

Cuando una hora después llegó el juez Walker, Ruth fué a buscarlo y le dijo reservadamente:

—¿Usted cree que Robert es el ladrón de la Caja de la compañía y el autor de la muerte de mi padre?

El juez guardó silencio unos instantes, hasta que finalmente respondió:

—Todas las pruebas le acusan y su huída más que nada.

—¿Qué pruebas existen contra él?—preguntó la muchacha.

—Las declaraciones de Pekler y Spike.

—Eso no dice nada—siguió diciéndole la joven.

El juez la miró extrañado y ella continuó diciéndole sus sospechas:

—Yo creo que se ha procedido demasiado a la ligera. Hoy he hablado con el detenido y he sacado en conclusión que el asesino de mi padre y el ladrón es Spike.

—¡Ojalá fuera verdad!—exclamó el juez.

—Siempre le he tenido un gran afecto a Robert y este asunto me tiene muy disgustado.

—Podríamos tender una red a Spike para ver si era él. Con probar nada se pierde.

—Entonces—volvió a decir el juez después de haber reflexionado un rato—. ¿por qué no se presenta Robert?

—Porque si lo hiciera, los hombres, excitados por Spiker, lo matarían.

—Es verdad—terminó diciendo el juez—. Desde ahora encaminaré mis indagaciones hacia otro sitio.

A la mañana siguiente, el juez dió orden de que trasladaran a la ciudad al detenido para tomarle declaración y le dijo a Spike:

—Usted se encargará de llevar a Pekler a la ciudad. Procure que no se le escape, porque quiero tomarle declaración.

—Descuide usted—respondió Spike, viendo en aquella ocasión el momento para dejar en libertad a su amigo.

—Ah, otra cosa—le dijo el juez.

—¿Pasa algo nuevo?—preguntó sobresaltado Spike.

—No, nada—le dijo el juez—. Se trata de que estamos recogiendo dinero para erigir una estatua al difunto sheriff. Como sé que usted era muy amigo suyo, creo que se mostrará generoso en esta ocasión.

—Ya lo creo—respondió más tranquilo Spiker—. Ahí tiene usted para añadir a la suscripción.

Le entregó varios billetes y el juez los



—Y si te cojen?

guardó precipitadamente, para inspeccionar los luego a solas.

Ruth se acercó entonces a Spike y mostrándole un gran interés le dijo:

—Cuánto siento que se marche usted!

—Yo no tengo por qué marcharme—le respondió Spike—. Si usted quiere que me quede, no me iré.

—No—se apresuró a decir la joven—. Yo no quiero que por mi falte usted a su obli-

gación. No estaré tranquila hasta que hayan detenido al asesino de mi padre.

—Y si lo detengo, tendré alguna recompensa?—preguntó amorosamente Spike.

Ella bajó la vista al suelo, más que por nada para ocultar la mirada de triunfo que reflejaban sus ojos y respondió:

—Ya veremos lo que pasa luego.

Salió Spike con varios hombres y al quedar solo el juez con la muchacha, le dijo:

—Estos billetes están taladrados.

—Debemos preguntar al cajero de la compañía. El nos podrá dar algunos informes.

Inmediatamente se dirigieron hacia las oficinas de la Compañía Exprés y entraron directamente donde estaba el cajero, a quien el juez le preguntó:

—Conoce usted estos billetes?

—Sí—respondió inmediatamente el cajero—. Son los mismos que fueron robados. Los taladros están hechos por la compañía cuando los billetes estaban juntos.

—Entonces esto es un indicio de quién puede ser el culpable—respondió el juez.

—Han dado ya con el ladrón?—preguntó alegramente el cajero.

—Estamos casi a punto de descubrirlo, pero es necesario de que nadie sepa lo que acabamos de hablar.

—Por mi parte puede estar tranquilo—respondió el cajero.

Con aquella prueba evidente de que Spike era el ladrón, el juez y Ruth salieron de las oficinas de la compañía sin fijarse que un hombre los espiaba ocultamente.

CUARTA PARTE

Apenas salieron de la oficina, el individuo que los había espiado montó a caballo y corrió para dar alcance a Spike, a quien le dijo:

—He visto salir de las oficinas de la Compañía Exprés a Ruth y al juez.

—¿Sabes lo que han hablado? —preguntó Spike.

—Hablaron con el cajero, pero me parece que no han sacado nada en claro.

—¿Por qué? —preguntó Spike.

—Porque les oí decir que no tardarían en coger al culpable.

Spike quedó en silencio unos segundos y al fin exclamó:

—Todo esto se terminaría si pudiésemos atrapar a ese Robert. El pagaría por nosotros y este asunto quedaría terminado.

—Pero ese maldito parece que se esconde

en las entrañas de la tierra—respondió el amigo de Spike.

—Sin embargo, yo te aseguro de que cuando le eche la vista encima no se me escapará más. Lo que es esta vez apuntaré bien. Todavía me debe el puñetazo que me pegó delante de Ruth.

Siguieron caminando sin sospechar la red que se les iba tendiendo, al mismo tiempo que Ruth iba en busca de su novio, a donde ella sabía que se escondía.

Robert al verla llegar le preguntó alarmado:

—¿Ha ocurrido algo nuevo?

—Sí—respondió alegramente la muchacha—. El juez está convencido de tu inocencia.

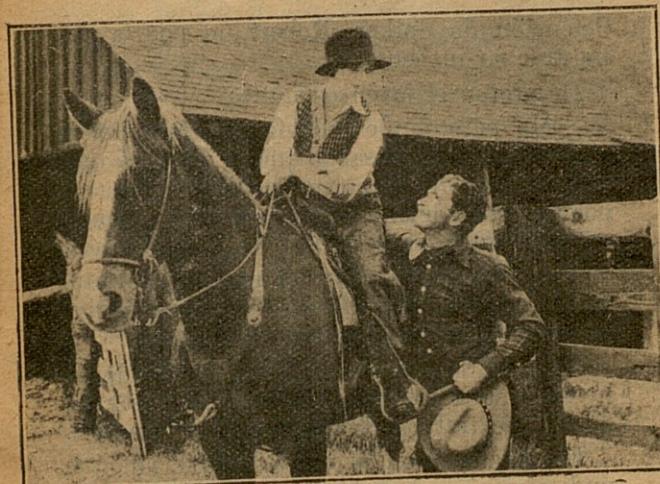
—¿Cómo?—preguntó Robert.

—Yo misma le hice ver que tal vez fuera Spike el culpable. Hoy con la excusa de que se hacía una suscripción para una estatua a mi padre le ha entregado unos billetes taladrados.

—¿Y qué significa eso?—preguntó Robert sin poder comprender.

—Pues que luego hemos ido a la Compañía Exprés y allí han reconocido los billetes como pertenecientes a lo que estaban guardados en la caja.

—¿Y Spike sabe algo de esto?—preguntó Robert intranquilo.



—Vete fu a avisar al juez.

—Nada—respondió la joven—. El va camino de la ciudad conduciendo a Pekler.

—Todo está perdido!—exclamó con desaliento el joven.

—¿Qué quieres decir?—preguntó la muchacha.

—Que Spike es cómplice de Pekler y los dos huirán hacia la frontera. No debisteis dejarlos marchar.

Ruth comprendía la razón que tenía su novio y se desesperaba viendo que sin la

detención de Spiker, Robert no podría demostrar su inocencia.

De pronto el joven exclamó:

—Me parece que todavía podemos hacer algo? Vete tú a avisar al juez y yo haré que Spike y sus hombres me persigan hasta el poblado. Me dejaré luego detener y cuando me entreguen al juez, allí los detendremos.

Y sin detenerse a perder un sólo minuto, Robert montó a caballo y se lanzó por varios atajos para ganar el terreno a Spike.

Al cabo de una hora vió un grupo de jinetes y se acercó aún más a ellos, seguro de que se trataba de Spike y sus hombres.

En efecto, éstos, al ver a Robert, sin que pudieran sospechar la estratagema que empleaba, se lanzaron a su persecución.

El caballo de Robert no era de los que se dejaban ganar fácilmente y menos aun llevando sobre él a un jinete como el muchacho. El noble bruto, hostigado por su amo, emprendió veloz carrera, mientras que Spike y sus hombres le perseguían.

Viendo que no le daban alcance, empezaron a disparar, pero Robert, completamente echado sobre la montura, se ocultaba a las balas de sus enemigos, sin dejar de animar a su caballo para que continuase aquella desenfrenada carrera.

—¡Hay que detenerlo, sea como sea!—

gritaba Spiker a sus hombres. Mientras ese hombre viva no estaremos tranquilos.

Pero el darle alcance no era cosa fácil y menos aun el poder hacer blanco tal y como Robert se resguardaba en el caballo.

Cuando ya estaban cerca del poblado, Robert, que tenía su caballo amaestrado a sus voces, le dió un grito y el animal se tiró al suelo, como si hubiera sido herido. Robert entonces se apeó de él y comenzó a andar difícilmente, como si se hubiese lastimado en la caída.

Aquellos minutos fueron suficientes para que Spike y sus hombres llegasen a donde estaba el joven y se apoderaran de él diciéndole:

—¡Ahora pagarás de una vez todos tus crímenes!

—Maldito caballo—exclamó Robert. Se ha caído cuando más falta me hacía.

—Hay que llevarlo al juez—exclamó uno de los que acompañaban a Spike.

Le hicieron montar nuevamente y poco después se hallaban todos en presencia del juez, que ya había preparado varios hombres de su confianza para detener al que resultase el verdadero asesino.

Cuando llegaron con Robert, Spike se lo entregó diciéndole:

—Ya hemos cogido al criminal, señor juez.

Este se quedó mirando al muchacho y le dijo al que lo tenía sujeto.

—Déjalo libre; ahora hay aquí demasiada gente y no podrá escapar.

Robert quedó en libertad y el juez le preguntó:

—¿Dónde tienes escondido el dinero que has robado a la Compañía Expres?

—Yo no sé de qué dinero me hablan—respondió el muchacho.

—Demasiado sabes que son unos billetes taladrados—le dijo el juez mirando de soslayo a Spike.

Este, inconsciente se llevó mano a uno de sus bolsillos, pero dándose cuenta de su acción, no hizo el menor movimiento para no delatarse.

—¿No sabes dónde están, o no loquieres decir?—le dijo el juez.

—Ya he dicho que yo no sé nada de eso.

—Pues yo te lo diré—siguió diciendo el juez, al mismo tiempo que cada uno de sus hombres, cumpliendo una señal que les hacía se colocaban detrás de los amigos de Spike.

—Tú robaste los billetes y el sheriff te cogió infraganti, o sabía que tú los habías robado, por eso, para evitar que te prendieran, lo mataste.

Robert adivinó que todo aquello lo decía para ver la actitud de Spike y guardó silencio, mientras que el juez volvió a decirle:

—El dinero de la compañía se ha encontrado entre unos periódicos y escondido en la habitación de... Spike.

Este, al oír aquella declaración se vió perdido y se lanzó a la ventana para huir, pero antes de que pudiera hacerlo, Robert lo sujetó y de un tremendo puñetazo lo hizo rodar por tierra al mismo tiempo que le decía:

—¿Crees que vas a escaparte por donde yo?

Spike se levantó y pretendió luchar contra Robert, mas los puños de éste lo redujeron pronto a la obediencia, hasta que el juez le dijo otra vez al bandido:

—No sabes lo que me alegro de haber descubierto la verdad. Por culpa tuya iba a ser condenado un inocente. De esta forma pagarás de una vez todas tus pillerías y acabaremos con tu banda.

Spike, sin resistirse ya, dejó que lo maniataran lo mismo que a sus cómplices, y que lo encerraran, hasta ser conducido al día siguiente a la ciudad, donde tenía muy pocas probabilidades de salir con bien de aquel asunto.

Robert vió que Ruth, que había presenciado toda la escena, salía del despacho del juez y fué a su encuentro diciéndole:

—Por fin ya estoy libre, Ruth. Ahora sí que podremos ser felices.

—Con un condición—respondió sonriendo la joven.

—Con todas las que tú quieras.

—Me basta con una insistió ella—. ¿Me prometes que no volverás a pelearte con nadie?

—Te lo prometo... Ahora todas las peleas las tendremos en casa.

Y la joven, riendo a la ocurrencia de su novio, dejó que éste la estrechara en sus brazos y la besase amorosamente.

FIN

AYER COMO HOY, HOY COMO MANANA.

Ediciones BIBLIOTECA FILMS ES INIMITABLE

Publica

LAS MAS GRANDES CREACIONES

de

LOS MAS EMINENTES ARTISTAS
presentadas por

LAS MARCAS MAS FAMOSAS

Una canción, un beso, una mujer - G. Froelich

Una hora contigo (2.^a ed.) - Chevalier-Mc Donald

Dos corazones y un latido - L. Harvey-H. Garai

Ronny - Kate de Nage-W. Fritsch

Atlántida (2.^a edición) - Brigitte Helm

El expreso de Shanghai - M. Dietrich-C. Brook

Cocktail de celos - C. Bennet-B. Lyon

Un chico encantador - M. Lemonnier-H. Garai

La Reina Draga - Pola Negri

Victoria y su húsar - I. Petrovich

El Congreso se divierte - L. Harvey-H. Garai

Remordimiento - Phillips Holmes-Nancy Carroll

¡Que pague el diablo! - R. Colman-L. Young

El ídolo - John Barrymore - Marian Marsh

Bajo falsa bandera - Gustav Froelich

Manchuria - Richard Dix

El hombre y el monstruo - Frederic March

Damas de presidio - Silvia Sidney

Esperáme - Carlos Gardel

Amame esta noche - M. Chevalier-J. Mac Donald

Precio del tomo 
UNA PESETA

Editorial ALAS - Apartado 707 - Barcelona

Servimos números sueltos y colecciones, completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis



Cancionero Popular

ALMANAQUE

APRIL A ENERO 1933

Será una obra definitiva,
que publicará los tangos
mas modernos, seleccio-
nados y de más éxito

Ilustraciones en papel couché,
reproducido los mas famosos
cantadores de tangos argentinos,
bandoneistas, guitarristas, orques-
tas y autores en boga : : :
Gran portada a todo color de

CARLITOS GARDEL

y su nueva artística orquestina
que colabora en el nuevo film

PARAMOUNT

Esperáme

Precio popular: **UNA peseta**

PEDIDOS A

Editorial "ALAS"-Apartado 707-Barcelona

Servimos números sueltos y colecciones, completas, previo
envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos
para el certificado. Franqueo gratis